

DISCURSO A PAPÁ

Jorge Federico Barrientos Pérez

Cómo hablar de un padre sin caer en la arrogancia, cómo hacerlo sin mentiras, sobre todo si el que lo hace es su hijo, el hijo único hombre hermano de tres mujeres menores.

Hablar del hombre que tuvo en la modestia su estandarte, su forma de vivir; él que jamás presumió de nada, pero que tampoco se refirió a nadie con desprecio; leal con sus amigos, fiel esposo por 58 años y buen padre.

Hablar de él no es fácil, sobre todo ante un público como el que hoy nos acoge, a mí, a mamita, como el cariñosamente le decía, cuando de ella hablaba o se refería, a mi hermana Piedad y a María Cecilia, y a Olga Lucía quien está fuera del país. Un público lleno de inteligentes de la historia, de escritores, y de destacados profesionales e inmejorables ciudadanos.

Hablar del arriero, quien con su padre Félix, recorría las antiguas trochas del suroeste antioqueño, descalzos a veces, con hambre otras, pero siempre la mente en alto, llevando en su recua de mulas lo que en antaño fuera el primer municipio productor de aquel aromático grano, nuestro café.

Por culpa de la familia posada “recordemos a Parisina y Ceyfer” se vino a la gran ciudad a vender cortes de tela, pero irónicamente se fue aficionando a los libros, que por cierto para la época eran muy pocos en su Fredonia natal, donde en el Liceo F. Gómez sólo alcanzo a estudiar primaria.

El hombre nacido en Catafora, la loma abajo del parque, a la sombra del cerro de Combia y con la bendición de Cristo Rey, tuvo en sus manos de delgados dedos, la habilidad suficiente para plasmar algunas cosas que quedaron de su juventud campesina en una de las técnicas más difíciles como lo es la acuarela. Su afición por la pintura y su facilidad para hacerlo lo llevaron a

ser amigo personal de los más grandes exponentes de la época como Pedro Nel Gómez, Aníbal Gil, Alejo Santamaría, Horacio Longas y Ramón Vásquez, entre otros.

En las letras fue amigo de Joaquín Pérez Villa, de Juan Gómez Martínez, de Carranza y algunos otros cuyos nombres no recuerdo.

Algunos de ellos le fueron enseñando y recomendando que se convirtiera en pintor o dibujante, pues tenía madera, pero la literatura ganó la partida, y sólo pintaba ocasionalmente para su propio deleite y casi con egoísmo, pues los escondía y en el libro de turno decoraba sus bordes o pies de página lo que el posible drama o acto descrito significara para él.

Así mismo conoció a Jaime García Lobo de Radio Nutibara, que para la época hacía un programa desde el Bosque de la Independencia y tuvo tiempo para hacerse locutor profesional, pero no se sentía satisfecho, los libros lo llamaban, además la docencia estaba por pedir su contribución. Algún día le solicitaron un reemplazo en el Instituto Popular de Cultura “hoy Instituto Metropolitano”. Fue tan buena su labor como maestro que lo ratificaron y estuvo en ese cargo durante 10 años, 4 horas diarias nocturnas, después de laborar las 8 horas en su actividad como jefe de ventas en la compañía John Uribe e hijos.

Algo de tiempo le quedaba y fundó la revista “*El Quijote*”, luego el “*Periódico Fredonia*” y luego la revista “*Fredonia Histórica*”. También contribuyó para la creación de la casa de la cultura de Fredonia de la cual fue su presidente hasta la hora de su muerte.

En algún momento de su vida un buen amigo lo recomendó a la Academia Antioqueña de Historia, lo que para él fue siempre su mayor pasión y orgullo y es la razón por la cual estoy hoy aquí con mi familia y mi esposa. Y en nombre de todos ellos y en el mío propio les damos a todos ustedes un cariñoso y sentido “muchas gracias” y de verdad y con honor les digo que mi padre solo tuvo tiempo para su familia y para su Academia, no bebió nunca, pero las letras lo embriagaban, y los pocos amigos que tuvo, tenían que tener en común lo que él siempre hizo y cultivó “la honestidad, la rectitud y la pasión por la literatura”.

Para ustedes “sus amigos” Dios los bendiga.

Medellín, 7 de febrero de 2006